

Ante un nuevo libro

# La petulancia del girasol

Por *Armando Marchante Gil\**

*La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira*

## 1. Presentación

Cuando cae en mis manos un nuevo libro, peligro al que me expongo con frecuencia, lo primero que me viene a la mente es tratar de comprender el motivo que ha llevado a su autor a escribirlo. Es tanto más difícil llegar a una conclusión cuanto más intrincado es el contenido del mismo o cuando aparentemente trata de defender una tesis, sea religiosa, filosófica, humanística o de cualquier otra materia, que pueda llevar al autor en cuestión a tomarse el trabajo, casi siempre mal comprendido, de dirigirse a determinado público.

Pues bien, en los últimos tiempos está apareciendo en España un ya notable número de obras dedicadas a los que denominaremos Servicios Secretos de Información y, muy concretamente, a los que nacieron y actuaron en los tiempos de Franco, singularmente en los últimos años de su largo mandato. Lo primero que llama la atención es que, a través de distintas evoluciones, de forma más que de fondo, tales Servicios permanecen en nuestros días. Sus transformaciones y cambios no han logrado evitar sus vicios de nacimiento: su falta de ética y eficacia y su frecuente violación de los ahora tan defendidos --teóricamente-- derechos ciudadanos, que, para tales Servicios, se han convertido frecuentemente en una bagatela. Digo falta de eficacia porque si nacieron para defender el régimen de Franco contra la, por entonces designada por tales Servicios como "subversión", tienen en su deber su casi inmediata actuación dirigida a la liquidación de aquel régimen para cuya defensa nacieron (conste que no hago juicios de valor), a lo que se debe añadir el asesinato del creador de tales Servicios, Almirante Carrero Blanco.

De ahí en adelante súmenle ustedes cuantos acontecimientos negativos han jalonado la marcha de España hasta hoy. Citemos entre ellos la duración del terrorismo de ETA --que ha batido, con cincuenta años de presencia feroz en la vida española, el asesinato de 839 ciudadanos y el secuestro de 77 españoles, todas las marcas del terrorismo de cualquier latitud--, el secuestro del General Villaescusa y del D. Antonio María Oriol, Presidente del Consejo de Estado, los atentados del GRAPO con 89 asesinatos y del FRAP que asesinó a tres policías, la matanza de cinco abogados del PCE en la calle de Atocha, etc. etc.

Únase a este balance el gravísimo atentado del 11 de marzo de 2004, que cambió radicalmente la marcha política de España, causó 194 muertos y 1.858 heridos y del cual aún nada serio conocemos, salvo el tremendo número de víctimas y la desafortunadísima actuación del sistema judicial, al parecer engañado o cómplice de los dichos Servicios de Información y de Seguridad del Estado.

Tampoco podemos olvidar episodios como la "marcha verde", el atentado en Casablanca contra la Casa de España o la invasión del islote Perejil. A lo que se añaden los varios sucesos de violación de domicilios, la persecución de determinados ciudadanos, considerados "involucionistas", o acerca de los cuales levantaban en el ánimo de determinados gobernantes sospechas infundadas, sin olvidar la manipulación de determinados hechos y la realización de escuchas

telefónicas ilegales "aleatorias", incluyendo las comunicaciones del propio Monarca, y un largo conjunto de atentados a los derechos ciudadanos muchos de los cuales, de una u otra forma, llegaron a la opinión pública.

Algunas de las anteriores circunstancias han sido ya presentadas al público y tratadas con más o menos exactitud en la más de media docena de libros aparecidos en los últimos dos años sobre los susodichos Servicios Secretos de Información, denominación preferible a la de Servicios de Inteligencia, introducida por ellos mismos en un intento de darles una mayor importancia y determinado tono de respetabilidad. Hay que defender, si, al Estado español, pero por eso mismo es preferible mantener la defensa del idioma nacional español sometido hoy a fuertes tensiones y ataques nacidas en nuestro propio solar. Además la palabra "inteligencia" aplicada a dichos Servicios puede dar lugar a derivaciones curiosas y chuscas en algunos casos. Claro que ello solo les ocurre a quienes no conocen y emplean mal nuestro idioma español. Que no castellano.

Entre los volúmenes aparecidos últimamente ha llamado poderosamente mi atención el titulado "**Desde el corazón del CESID**" cuyo autor es el **General Juan María de Peñaranda**, quien formó parte de dichos Servicios. Su organizador y primer Jefe sería el Comandante de Estado Mayor José Ignacio San Martín quien dio un tremendo impulso y una eficaz organización, muy ampliada ya al nuevo Servicio, luchando con enormes inconvenientes muchos de ellos nacidos de la actitud del Teniente General Díez Alegría y posteriormente de forma muy arriesgada por la del Teniente General Gutiérrez Mellado, de infausta memoria para el Ejército y para España.

En el 4 de julio de 1977, creado el Ministerio de Defensa, aparecía el llamado Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) que, por expreso deseo de Suárez, Presidente del Gobierno, quedaría bajo la dependencia de Gutiérrez Mellado, flamante Ministro de Defensa. El SECED fue disuelto el 28 de octubre de dicho año y sus competencias asumidas por el CESID, integrado ya en el Ministerio de Defensa y no en la Presidencia del Gobierno. Esta nueva dependencia fue un nuevo error que sumar a los muchos de Gutiérrez Mellado y Suárez.

Como el autor del libro o tesis doctoral que vamos a comentar, formó parte de la Organización Contrasubversiva Nacional (OCN) desde finales de 1968 y concluyó su pertenencia a los Servicios de Información por cese en septiembre de 1979, acusado de "involucionista" por el propio Presidente Suárez --quien al actuar así aplicó a Peñaranda la "medicina" que ellos había aplicado a otros compañeros, entre ellos yo mismo y en mi caso sin fundamento alguno--, resulta que permaneció en los Servicios de Información desde 1968 hasta 1979, es decir once años. De ellos en el SECED nueve años y dos en el CESID.

En consecuencia, no se explica que se refiera en el título de su obra al "corazón del CESID", cuando, frente a los nueve años que permaneció entre la OCN y el SECED, en el CESID apenas llegó a dos. ¿Trata con ello de hacer olvidar su larga actuación en los dos Servicios creados y actuantes en los últimos años del régimen de Franco? Además, el CESID jamás tuvo corazón, sede de los buenos sentimientos.

*Pues amarga la verdad,  
quiero echarla de mi boca,  
pues si al alma su hiel toca  
esconderla es necesidad.*

## **2. Del Alto Estado Mayor a la OCN y al SECED**

El pavor que le produjo al Ministro de Educación, Villar Palasí, el estallido del mayo francés, le llevó a buscar amparo en el Alto Estado Mayor (AEM) cuyas funciones eran muy limitadas dada la existencia de los Ministerios del Ejército, Marina y Aviación, cada uno de los cuales actuaba por su cuenta.

El Alto Estado Mayor prestaba atención a los problemas generales de coordinación de los tres ministerios militares y a obtener información relativa a los intereses de España en el exterior y a las necesidades militares de la Defensa Nacional, dedicando especial interés al Norte de África. Su labor no fue ni sería muy brillante, pues la independencia de Marruecos cogió a la política española con el pie cambiado y, más adelante, las acciones marroquíes contra Ifni y Sahara, y luego la "marcha verde", no fueron conocidas por aquel organismo con la debida antelación.

Con Franco ya en el lecho de muerte, circunstancia que el rey de Marruecos aprovechó para lanzar la llamada "marcha verde", los deseos del "Alto" --como entonces se le designaba-- no eran otros que los de salir del Sahara con la máxima celeridad posible, a pesar de que en aquel momento la fuerza desplegada por España en el Sahara era muy superior a la de Marruecos, como días más tarde, abandonado ya el Sahara, admitió el mismo rey de Marruecos en un discurso público en Agadir.

Con ello el AEM influyó gravemente en el Presidente del Gobierno, Arias, y tal vez fue origen del fiasco de la visita al Sahara español del todavía Príncipe de España quien pocos días después comenzó su reinado con el peso de aquella improvisada e inexplicable evacuación precipitada de lo que era legalmente una provincia española.

Los resultados políticos, estratégicos y económicos del abandono de aquellos territorios y poblaciones aún se están padeciendo.

Según lo dicho más arriba, los Servicios de Información a los que perteneció Peñaranda, nacieron bajo la denominación de Organización Contrasubversiva Nacional (OCN), por iniciativa de un personaje tan extraño como el Ministro de Educación, Villar Palasí, cuya reforma del sistema educativo fue muy poco afortunada.

Su petición de auxilio al AEM dio lugar el 27 de septiembre de 1968 a la creación de un organismo denominado en efecto Organización Contrasubversiva Nacional, compuesto por Oficiales de los Ejércitos con destino en el Alto Estado Mayor bajo la dirección del entonces Comandante José Ignacio San Martín; el nuevo Servicio dependería de la Vicepresidencia del Gobierno cuyo titular era el Almirante Carrero Blanco.

Es decir que la reacción del AEM ante el problema que le planteaba Villar Palasí fue encargar a San Martín la creación de la OCN con la expresa condición de que no tuviese dependencia de aquel organismo, destacando a ella un pequeño número de oficiales que pasarían a depender del Ministerio de Educación, sin implicar para nada al AEM, donde siempre la "reserva" prevalecía sobre el servicio.

En realidad, el Teniente General Manuel Díez Alegría tenía un punto de razón al considerar que la cuestión de la "subversión" nada tenía que ver con las misiones del AEM, tanto más cuanto que existía un Servicio de Información muy

eficiente en la Dirección General de Seguridad, dirigido con mano maestra por el Coronel Eduardo Blanco Rodríguez, de cuya eficacia no había duda. Él fue mi admirado maestro y entrañable amigo.

No contaban con el tesón de San Martín, su capacidad de organización y que el problema de que la entonces llamada "subversión" iba a crecer a medida que en Franco comenzaban a aparecer los síntomas de la edad, mientras quienes dirigían el Gobierno solo pensaban en el progreso económico, pero no en adecuar el sistema a las nuevas circunstancias.

San Martín, venciendo muchas dificultades, dio un gran impulso a la OCN bajo la dependencia directa del Vicepresidente del Gobierno, Carrero Blanco. Su rápido y relativamente amplio desarrollo, impulsado por el eficaz organizador que era San Martín, dio lugar a su transformación en marzo de 1972 en el Servicio Central de Documentación (SECED), siempre adscrito a la Presidencia del Gobierno, concretamente al Vicepresidente del Gobierno, Almirante Carrero Blanco.

-----

Precede a la tesis doctoral que comento un prólogo del general Cassinello relatando su voluntaria inserción en la OCN a pesar de que conocía las "disfunciones" del sistema político y su "descomposición creciente", unido a la influencia que sobre él mismo ejercía el libro "Qué hacer" de Lenin. Con estos presupuestos no extraña que, según dice, se fuese distanciando de las ideas del Jefe del Servicio y, que añada, "acabé rompiendo por un tema menor". De tal distanciamiento nadie nos dimos cuenta entonces.

Sin duda, la memoria le juega una mala pasada a Cassinello pues su ruptura con el SECED no fue por un "tema menor" sino por un tema muy grave que voy a relatar.

En una de las múltiples reorganizaciones que San Martín llevó a cabo, ocurrida en la primavera del año 1973, figuraba la previsión de que, en el caso de que se produjese su ausencia o imposibilidad de ejercer sus funciones, el mando del SECED pasaría al Capitán Leandro Peñas, Jefe de la Secretaría, saltándose por consiguiente la línea de mando y con ella a los tres Comandantes Jefes de los Sectores, de los cuales yo era el más antiguo.

Reunidos los tres, es decir, yo mismo, Villalba y Cassinello, decidimos no aceptar tal situación y hacérselo saber a San Martín. Me correspondió plantearle la cuestión y solicitarle una rectificación de la orden; me pidió un plazo para resolver. Su reacción fue destituirnos a los tres Comandantes de nuestros puestos como Jefes de Sector y mantener su decisión.

Ante ello, reunidos en la cafetería "Riofrío", redactamos un documento en el que nos negábamos a aceptar una decisión no reglamentaria, pues desconocía la norma jerárquica militar. Fue firmado por los tres y le entregué a San Martín una copia del documento, reiterando nuestra disconformidad, junto con la decisión de retornar a nuestros destinos de origen o quedar disponibles quienes no lo tuvieran. Para evitar falsas interpretaciones, en dicho documento nos comprometíamos, bajo palabra de honor, a no volver jamás a un Servicio cuya misión era defender al Estado haciendo frente a la "subversión".

Todo ello estaba de acuerdo con la Ley Orgánica del Estado, parte de la Constitución de entonces o Leyes Fundamentales, que atribuía a las Fuerzas Armadas la misión de "defender el orden institucional" y que había sido aprobada en referéndum por el pueblo español.

Al día siguiente le entregué otra copia del citado escrito a mi Jefe natural, que lo era el de la Segunda Sección del Estado Mayor Central, pues yo siempre me había negado a integrarme en el SECED, aunque no tenía las reservas que alega ahora Cassinello.

El Coronel Jefe de la Sección aceptó inmediatamente mi solicitud de reintegrarme a ella. El documento firmado por los tres, que conservé, está hoy en un archivo histórico con otros varios documentos de la época.

Pocos días después supe que Cassinello había mantenido una entrevista con Gutiérrez Mellado, al que suponíamos muy complacido por nuestra decisión, dada la inquina que sentía hacia el Servicio.

-----

El autor, con evidente falsedad, nos coloca al principio de su obra ante la idea de que el SECED, nacido el 21 de marzo de 1972, desde el primer momento tenía como misión impulsar "el análisis y el proceso de la transición política". La falsedad de tal aserto es evidente y soy testigo de ello pues cuando mi jefe militar, que lo era el Coronel de la Segunda Sección del Estado Mayor del Ejército, al que yo pertenecía desde mi regreso de la Agregación Militar en Roma, me autorizó a incorporarme como representante del Estado Mayor del Ejército al Gabinete de Enlace que estaba organizando en 1970 el nuevo Ministro de Información y Turismo, Sánchez Bella, lo fue con la intención de que el Ejército tuviese noticia de cuanto le pudiese afectar.

A mayor abundamiento, cuando el dicho Gabinete fue absorbido por el SECED, yo pedí y obtuve que permaneciese allí en "comisión de servicio" sin perder mi destino en el Estado Mayor Central, con la única obligación de informar a mi Coronel de mis tareas en el SECED, cosa que hice puntualmente.

Otra circunstancia que desmiente a Peñaranda es la misma organización del SECED, consistente en una Secretaría General y tres Sectores: Laboral, Universitario y Religioso-Intelectual, cuyas tareas evidentemente nada tenían que ver con la luego llamada "transición" cuyo inicio tuvo lugar años después.

Hay que subrayar que la información relativa a las Fuerzas Armadas quedaba absolutamente fuera de la misión del SECED.

Quienes constituían el SECED habían sido llamados para actuar y promover la acción "contrasubversiva". Definición ésta tomada de los Estados Mayores franceses en guerra en Vietnam y Argelia --ambas perdidas por cierto--, con alguna inserción doctrinal procedente de los Estados Unidos sobre "contrainsurgencia" a alguno de cuyos Cursos había asistido Cassinello.

Por otra parte, Peñaranda, alude a la existencia de un "Sector Político" que no aparece ni en la obra de San Martín, ni tenía existencia real en el organigrama del SECED. Si lo hubo con posterioridad lo ignoro; lo único cierto es que en 1973 había unos Capitanes no integrados en el organigrama del Servicio dirigidos por el Secretario General Capitán Leandro Peñas. Entre ellos figuraron en distintos momentos Peñaranda, Fernández Monzón, Faura, Bastos Noreña y otros.

Por cierto, Bastos Noreña era sobrino de un héroe de la guerra que fue asesinado por negarse a servir al Frente Popular; curiosamente era el único que mostraba alguna disconformidad con nuestro trabajo, por lo cual le llamábamos "El Progre". Al desaparecer Franco, y permanecer en el SECED, justificó con creces el apelativo. Se creó un Departamento dedicado en exclusiva a perseguir a los "involucionistas", al frente del cual hizo verdaderas barrabasadas contra sus compañeros. Ascendió a General, en tiempos del primer gobierno socialista, sin tener ninguna de las condiciones reglamentarias para ello. No fue el único.

***Los dos embustes de la vida humana,  
son honra y riqueza.***

### **3. La doble cara del SECED**

A medida que la actuación del SECED iba haciéndose notar y los intentos de la entonces autonombrada "oposición" tenían escaso éxito, la posición de San Martín ante los ojos del Almirante, e incluso ante el mismo Franco, iba adquiriendo más importancia.

Al hacerme cargo del recién constituido Sector Religioso-Intelectual, registré la presencia dentro de la Iglesia española de una serie de movimientos apostólicos espontáneos que trataban de contrarrestar el "progresismo" aparecido a partir del II Concilio Vaticano. Este "progresismo", contestatario contra el régimen, dio también lugar al nacimiento en España, concretamente en unas Jornadas celebradas en El Escorial, de la llamada "Teología de la Liberación", luego exportada a Hispanoamérica y condenada por Roma.

El "desenganche" del régimen se llevaba a cabo apoyado en los obispos que el Vaticano, de la mano del Nuncio Dadaglio, iba nombrando, violando claramente el espíritu y a veces la letra del vigente Concordato, mediante el subterfugio de hacerlos primero obispos auxiliares para pasar a ser titulares en su momento, sin intervención alguna del Gobierno español. Cualquier clérigo que protegiese a alguna organización ilegal o hiciese alguna manifestación de inconformismo político tenía muchas posibilidades de llegar a obispo por dicho método; entre ellos figuró muy destacadamente algún significado obispo de San Sebastián.

En esta triste tarea contaba el Vaticano con la colaboración entusiasta del obispo, arzobispo y luego cardenal, Mons. Vicente Enrique y Tarancón, prototipo de desenvoltura y politización, quien, paradójicamente, había sido el clérigo más veces presentado por Franco para ocupar sedes episcopales. Paradojas eclesiásticas y gratitud comprobable.

Fue posible desactivar la ilegítima Conferencia Conjunta de Obispos y Sacerdotes, de forma que el propio Vaticano se vio obligado a recordar que tales reuniones habían sido ya condenadas por el Concilio de Pisa en el siglo XV. Aparecieron nuevas revistas religiosas y se reactivó la Hermandad Sacerdotal junto con otros movimientos apostólicos que hicieron menos fácil la infiltración y actuación progresista en la Iglesia española. En todo ello me ayudó con especial empeño Antonio Herrero Losada, Director técnico de la entonces influyente agencia "Europa Press", cuyo presidente era José Mario Armero.

Antonio Herrero me dijo al requerir su ayuda que no defendería el régimen pero sí combatiría una política eclesiástica dirigida desde el Vaticano, que en España adoptaba unas posiciones muy cercanas a las de los enemigos de la Iglesia. Mantuve con Antonio una sincera y profunda amistad. Recuerdo con emoción mi última comunicación telefónica con él pocos días antes de fallecer en Pamplona.

Más difícil fue la reacción en el seno del clero vasco. Aquellos Obispos "taranconianos" utilizaron ampliamente, en presencia de los crímenes de ETA, la consigna "condenamos la violencia, venga de donde viniere", con lo cual ponían a la par los crímenes terroristas con la actuación legítima de las Fuerzas de Orden Público. No olvidemos que las tres primeras Asambleas de ETA tuvieron lugar en edificios religiosos.

Estos y otros éxitos, añadidos a la adulación a que le sometían Peñas y sus secuaces, hicieron que en San Martín apareciera una ambición política que, unida a una cierta soberbia, le llevaron --en contra de mi consejo-- a franquear los límites de la misión que se le había encomendado y a tomar iniciativas que no le correspondían ni al Servicio ni a él. Varias veces le puse en guardia contra tal desviación de sus fines que estaba tomando el Servicio en un intento de hacerle comprender que la lealtad era fundamento de nuestra acción y que la mejor forma de tener el poder que ansiaba era conseguir un Servicio fuerte y eficaz al margen de los intereses de determinados personajes. No me hizo caso.

Un ejemplo fue la equivocada Operación Jano, por mi bautizada (recuerdo de Roma) para tomar buena nota de aquellos que, presentándose como deseosos de perfeccionar el régimen, lo que pretendían era acabar con él. Eran los ambiciosos de siempre con su doble cara.

Lástima que la epidemia comenzase a alcanzar a determinados miembros del SECED hasta llevarles al abismo de hacerse amigos y colaboradores --según se demuestra en el libro-- de quienes lo único que deseaban era ocupar el poder en la Monarquía, que iba a nacer de la mano de Franco.

San Martín, mal aconsejado, comenzó a usar los datos acumulados para presentar al Almirante nombres de quienes consideraba eran elementos muy valiosos. Así se llegó al nombramiento de verdaderas calamidades para puestos importantes --como, por ejemplo, aquel Ministro de Educación, Julio Rodríguez-- que más vale no recordar. Los sucesores de San Martín en el mando del Servicio lo convirtieron en una especie de oficina de colocación de los nuevos políticos. Véase el libro que da origen a estas consideraciones.

El virus de la politización había prendido en aquellos capitanes que se encontraban en una posición de influencia a la que jamás hubieran llegado. Uno de ellos era nuestro autor.

De ahí a franquear el paso que hay entre la búsqueda de información y la concomitancia con quienes se preparaban para derribar el régimen y medrar en el postfranquismo, era muy fácil. No es necesario leer entre líneas la obra que nos ocupa para obtener la plena constatación de este que llamaré "viraje", por no utilizar una palabra más contundente.

Es cierto que, a medida que pasaban los meses, los propios políticos y beneficiados por Franco comenzaban a soltar amarras, incluyendo en ellos a algunos personajes significados años atrás, e incluso recientes ministros que habían perdido su cargo. No es necesario dar nombres.

Para muchos de nosotros, que ese fenómeno se diese entre políticos entraba dentro de la esperado; lo incomprensible era que fuesen unos pocos de nuestros compañeros quienes recorriesen ese camino, olvidando que hasta entonces la milicia era tenida como "religión de hombres honrados".

Claro es que siempre hay excepciones y que simultáneamente muchos compañeros fueron asesinados por ETA mientras que otros corrieron serios riesgos en su lucha contra el terrorismo e incluso en el simple recorrido diario hacia sus destinos. Se remueve el estómago cuando algunos de ellos, muertos luego por los terroristas, son tachados en el libro de "involucionistas", "inmovilistas" o cosa peor.

Afirma el autor que "es difícil imaginar" que "se estuviese impulsando el análisis y la organización de la transición política". Y tan difícil pues se trata de una falsedad que confunde cabildeos, contactos, "almuerzos de trabajo" y cómodos viajes con una verdadera labor de defensa de un Estado nacional. ¡Qué clarividencia la de los componentes del inventado "Sector Político"!

Solo les importaba la cara de Jano que miraba a un futuro muy problemático para España pero que, efectivamente, fue bueno para la mayoría de ellos aunque careciese de justificación ética.

***Siempre he mentado después  
del señor al que servía,  
y en ley de cortesanía,  
peor que la verdad es,  
una mentira tardía.***

#### **4. Se olvida el terrorismo pero se tantea a la “oposición”**

Así era mientras que otros españoles, entre ellos Carrero Blanco, caían víctimas de un terrorismo que a ellos nos les parecía importar nada y cuando quienes por un deber de lealtad y respeto propio, una vez abandonado un Servicio al verlo desviado de sus primitivas misiones, destinados al mando de Unidades o en menesteres formativos, veíamos con desazón hacia donde se iba y sufríamos los ataques de una prensa insolente y mendaz con “sugerencias” --cuyo origen bien sabíamos--, a la vez que hacía de su antimilitarismo ostentación permanente, ante la impavidez de los Mandos superiores.

Sin olvidar que en aquellos años la presión del terrorismo etarra, y no solo etarra, iba dirigida muy especialmente contra las Fuerzas de Seguridad del Estado, Guardia Civil y Policía y contra los componentes de las Fuerzas Armadas sometidas a una presión criminal que no recibía la respuesta contundente que se hubiera debido aplicar.

Al revés, la frase “algo habrá hecho” aplicada a las víctimas, era prueba de una sociedad que estaba llegando a la más profunda bajeza. Para los asesinos no había condenas en tanto que generales como Gutiérrez Mellado se dedicaban a impedir que nuestros compañeros asesinados recibieran siquiera los honores que les eran debidos y a enterrarlos poco menos que de forma clandestina. Aun hoy recordarlo causa indignación.

No está de más recordar que ETA causó en toda su historia cerca de 900 asesinatos de los cuales aproximadamente las tres cuartas partes eran policías, guardias civiles y militares. En mi caso cuento entre los asesinados con dos miembros de mi promoción de Estado Mayor, los generales Ortín, Gobernador Militar de Madrid, y Garrido Gil, Gobernador Militar de Guipúzcoa, asesinado junto con su mujer y un hijo en San Sebastián.

Simultáneamente los del “Sector Político” intensificaban sus “contactos” cuyo detalle aparece con cierta amplitud en el libro que comento.

Muy débil y difícilmente creíble es el intento de buscarlos una justificación alegando la búsqueda de información o el interés por conocer el pensamiento de tales individuos. El mismo San Martín trata de justificar aquellas desviaciones cuando nos dice que logró vencer las reticencias del propio Almirante ante su propuesta de entrar en contacto con componentes de la oposición al régimen para con ello tantear sus intenciones y recoger alguna información acerca de sus propósitos.

Propósitos que eran muy claros: derribar el régimen a la muerte de Franco, pues antes sabían que lo más que podían hacer era crearle problemas. Solo cuando una parte de la Iglesia se sumó a sus propósitos, circunstancia bien aprovechada por el PCE y sus organizaciones satélite, les fue posible crear problemas más graves, cuando Franco estaba en plena decadencia física y privado ya de su leal colaborador Carrero.



Por ello, dudo mucho que el Almirante Carrero Blanco diese su conformidad a tales contactos. Era muy claro que de aquella pequeña "oposición", en la Dirección General de Seguridad dirigida finalmente por el Coronel Blanco se sabía todo. Curiosamente, la mayoría de los informadores lo eran por disconformidad con los opositores.

Además hay que tener presente que desde los grupitos afectos al Conde de Barcelona hasta la única organización de cierta importancia que era el PCE, la clandestinidad y el exilio eran factores muy importantes en su falta de eficacia, agravada por sus divisiones y los "soplones" que abundaba en sus filas. En todos ellos.

Los "contactos" que buscaban los del inventado "Sector Político", solo aportaban presunción para sus autores quienes hubieran debido dedicar sus esfuerzos a combatir un terrorismo ante el que estaban dando la cara nuestros compañeros del País Vasco, mientras ellos frecuentaban los restaurantes de lujo reunidos con supuestos "opositores".

Tuve ocasión de protagonizar uno de aquellos almuerzos, por indicación de San Martín. Se trataba de hablar con José María Armero para agradecerle ciertas colaboraciones de su agencia Europa Press antes citada, y tratar de saber algo acerca de sus frecuentes viajes al otro lado del "telón de acero" y a París. Sospechábamos que algo tenían que ver con Santiago Carrillo. Por orden de San Martín me acompañó el entonces Capitán Peñaranda y el almuerzo creo recordar que fue en el restaurante "José Luis".

Le agradecí las ayudas de "Europa Press" y abordé el tema del "eurocomunismo"; entró al trapo e hizo un elogio de la posición "realista" de Carrillo, alejado ya, según él, de la influencia moscovita en busca de posiciones similares a las del italiano PCI inspirado por Berlinguer. Él personalmente tenía la esperanza de que en España se pudiese llegar a una situación análoga a la italiana, para lo cual ya había alguna alta personalidad intentando ese logro. Verde y con asas.

En el fondo, era la posición política que me expresó S.S. Pablo VI en la audiencia personal de despedida que me concedió el 4 de junio de 1969, creyendo que yo, en mi inminente regreso a España, iba a despachar directamente con alguna alta personalidad española. Estaba mal informado Su Santidad.

Cuando la conversación estaba en el momento que más me interesaba, Armero abordó la cuestión de nuestras delegaciones en el exterior y, ante mi asombro, Peñaranda empezó a desgranar una relación de las existentes, a pesar de los pisotones que yo le propinaba bajo la mesa. Nuestro interlocutor nos dijo que como él tenía muchos negocios en los países citados se ofrecía para encargarse del envío de dinero a nuestras delegaciones "para no dejar huellas oficiales". Muy cortésmente le agradecí su interesado ofrecimiento que, naturalmente, rechacé.

Al regresar di cuenta a San Martín de todo lo tratado y de la interpretación que yo le daba; le rogué que, si me volvía a encomendar una gestión parecida, lo hiciese sin añadirme compañía alguna. No hubo más.

En el libro hay numerosas alusiones a los contactos a que me refiero, que convertían a sus protagonistas en zascandiles y correveidiles, con cierto alborozo de los miembros de la "oposición" que daban a tales gastronómicos encuentros una gran importancia, dado el carácter militar de sus protagonistas y la representación que se atribuían. Con todo ello, las esperanzas de lograr con cierta prontitud sus propósitos crecían, aumentando sus actividades. Para los del "Sector Político" su inicial "contrasubversión" se había convertido en "inteligencia con el enemigo".

La cuestión se fue agravando con el paso del tiempo y produce hilaridad y asombro comprobar cómo, según el relato del libro, aquellos militares se admiraban de la “moderación” de Felipe González y sus acólitos, hasta tal punto que ellos mismos comenzaban a pensar en la conveniencia de un “sano regionalismo” para un futuro régimen cuya implantación daban por segura.

De aquellos conciliábulos, a los que se añadían los que llevaba a cabo uno de nuestros agentes menos fiables, Manuel de la Pascua, con Enrique Mújica en el País Vasco, nació la idea de que el SECED facilitase la presencia en el Congreso de Surestes de tales interlocutores que fueron provistos de dinero y pasaportes.

Allí el “nuevo” PSOE se deshizo del viejo de Rodolfo Llopis, pero conservando su inspiración marxista y, lo que es peor, su tendencia a no respetar el resultado de las urnas mediante los métodos de agitación y propaganda que descubrió Lenin.

Por parte de los pertenecientes al “Sector Político” se elaboraban muchas notas e informes, alguno de los cuales figuran en el libro que comento. En ellos aparecen incongruencias, promesas que el tiempo reveló falsas, e incluso mucho infantilismo en sus redactores como, por ejemplo, creerse el amor que los socialistas sentían por las Fuerzas Armadas. Cuando han podido, una vez llegados al poder, las han destruido muy eficazmente, aunque no solo ellos pues Aznar y Trillo no les han ido a la zaga.

Un dato. Hacia febrero de 1973 llegó a mi poder una noticia, procedente de fuente absolutamente segura, según la cual ETA había solicitado al Comité Central del PCE apoyo logístico para un atentado en Madrid contra una alta personalidad del Estado. El PCE se lo había prestado sin saber el objetivo de la acción. Pues bien, nunca he sabido el destino de mi nota pero el día anterior al atentado del que fue víctima el Almirante Carrero y quienes le acompañaban hubo un almuerzo de varios componentes del Servicio con varios miembros de la “oposición”, del cual no dieron cuenta a nadie.

No insinúo que haya relación entre el almuerzo y el magnicidio, pero subrayo el clima en que se movía entonces el Servicio. Según algunas noticias, que he podido recoger posteriormente, la interpretación que dieron a aquel dato, absolutamente seguro, fue que se trataba de una acción preparada contra el propio Franco.

La eficacia del SECED quedó perfectamente clara cuando el Almirante Carrero, ya Presidente del Gobierno, fue asesinado en la forma en que lo fue; tan difícil de explicar que abundan las interpretaciones para todos los gustos. El SECED, ¿estaría ya diseñando la “transición” como afirma el autor de libro?

La forma en que Franco nombró nuevo Jefe de Gobierno reveló claramente sus ya evidentes limitaciones, creó el resentimiento de Fernández Miranda, cuyos efectos fueron tremendos, e intensificó los cabildeos y aproximaciones al entonces Príncipe de España de quienes aspiraban a asumir el poder.

Arias destituyó a San Martín y puso el frente del SECED a Juan Valverde Díaz, perteneciente a mi Promoción, compañero y amigo, que inmediatamente me pidió el reingreso en el Servicio, a lo que me negué, no solo por la palabra de honor dada, sino porque estaba muy satisfecho como Profesor de Táctica en la Escuela de Estado Mayor.

A pesar de mi negativa, me dijo que pediría mi opinión cuando hubiese algún problema grave con la Iglesia o los obispos. Así lo hizo en el caso Añoberos y mi consejo fue que no actuase el Gobierno contra el obispo por su inadmisibile homilía sino que presentase una queja diplomática a través del Nuncio. La decisión de Franco al olvidar la amenaza de expulsión, que había lanzado estúpidamente el

Presidente del Gobierno, resolvió el problema. Tarancón, oportunista como siempre, se anotó el éxito.

Juan Valverde Díaz era una excelente persona. Muy falangista desde antes de ingresar en el Ejército, creo que tuvo algún cargo político en el Distrito de La Latina. Allí conoció probablemente a Carlos Arias. Siendo ya Capitán de Infantería y estando destinado en el Regimiento de Órdenes Militares con guarnición en Plasencia, Carlos Arias, Alcalde de Madrid, le nombró Gerente de Urbanismo, según me dijo Valverde para contar con una persona honrada a carta cabal, pues el puesto era propicio a las "tentaciones".

Sin embargo, el nombramiento no fue bien visto en el Ejército en tanto que, en lugar de pasar a supernumerario, como hicieron otros, entre ellos y durante muchos años Gutiérrez Mellado, Valverde siguió figurando como en situación de actividad en Plasencia siendo Gerente Municipal de Urbanismo en Madrid.

Durante su mandato municipal no hubo irregularidad administrativa alguna, pero cometió varios errores entre los que figuran la construcción de la Torre de Valencia, que rompió el paisaje urbano tras la Puerta de Alcalá, y la destrucción del barrio de Pozas donde, en lugar de crear una plaza amplia para descongestionar el barrio de Argüelles, surgieron dos mastodónticos edificios, uno "El Corte Inglés" y otro un hotel. Las circunstancias me las explicó "Juanito", como le llamábamos cariñosamente sus amigos y compañeros, pero no son del caso.

Con esa bonhomía que le caracterizaba y su absoluto desconocimiento de los Servicios de Información, salvo la teoría aprendida en la Escuela de Estado Mayor, aunque llamó al Servicio a algunos compañeros que tampoco conocían mucho del asunto, no dirigió adecuadamente el Servicio. Para colmo de dificultades, apareció de nuevo en el SECED, Cassinello que no era ninguna garantía para mantenerlo en los carriles debidos. Más bien al contrario.

Durante el Gobierno Arias, aún en vida de Franco, las repetidas enfermedades del Jefe del Estado y las indecisiones de Arias cuya política era zigzagueante, oscilando desde la mayor dureza a las dejadeces más llamativas, la descomposición del sistema era evidente en tanto que arreciaban los acercamientos al entonces Príncipe de España, del que todos esperaban algo. Además, Arias tenía un espíritu rencoroso y desconfiado que complicaba la situación.

En este clima se montó por el CESID la llamada Operación Lucero en previsión del fallecimiento de Franco y las modalidades de su entierro. Todo, según dice el libro, quedó a cargo del SECED que impregnó de miedo y mala organización las ceremonias, a pesar de los ditirambos que le dedica el autor.

De este modo el funeral de Franco se llevó a cabo ante la fachada del Palacio Real frente a la Plaza de Oriente y fue muy mal dirigido.

Sabíamos que se había preparado en el Regimiento de Artillería nº 19, en Campamento, un armón de Artillería con su tiro de caballos para llevar el ataúd a su tumba familiar en El Pardo, una vez rendidos los reglamentarios honores militares.

Pues bien, en lugar del armón de Artillería tirado por caballos, apareció en la Plaza frente al Palacio Real un camión ligero de transporte militar pintado de caqui y con los laterales bajados; en su plataforma de transporte se situó el féretro como si se tratase de una mercancía vulgar.

Una vez el féretro en la plataforma de transporte, partió rápidamente el camión, sin rendir honores militares, hacia el lugar de enterramiento que, por expreso deseo del Rey reflejado en un Real Decreto, fue el Valle de los Caídos donde se había habilitado una tumba, y no en el cementerio de El Pardo como deseaba la familia.

Para colmo, la misa que precedió a la entronización del Rey se hizo en los Jerónimos y no en San Francisco el Grande. El Cardenal Trancón se encargó de la homilía, cuyo contenido, leído en tono exigente y desabrido por el Cardenal, era similar a lo que los obispos medievales decían al nuevo Rey. Ni siquiera de pasada se recordaba al recién enterrado Franco hacia el que la Iglesia española y el mismo Trancón tenían algún motivo de gratitud.

Hasta Peñaranda se escandaliza de ello, pero ¿no eran ellos quienes habían organizado todo mediante la Operación Lucero?

***No siempre quien sube llega al cielo.***

## **5. Ha llegado la Monarquía**

España, gracias a Franco, tenía de nuevo un Rey de la dinastía Borbón en el trono y un Gobierno bastante débil dirigido por un Arias de feroces apariencias y blandas decisiones. No es extraño que esta situación desencadenase todas las ambiciones, todas las confabulaciones y todas las conjeturas.

Entre los elementos que contribuían a esta marejada figuraban muy destacadamente los miembros del SECED que ya no eran "antissubversivos". Había que adaptarse a las circunstancias. Era un cambio de frente en toda la línea. Algunos de los allí destinados tuvieron la honradez intelectual de pedir otros destinos.

Peñaranda nos informa cuidadosamente de que, llegada la Monarquía, el SECED no sufrió la "menor regresión en la orientación reformista de sus actividades". ¡Faltaría más!

De ello se encargaría el retornado Cassinello quien, en una exposición dirigida al Servicio con el título "Ante el cambio", decía que "el difícil paso de Franco al Rey ha transcurrido en un clima de normalidad y aceptación general difícilmente previsible". Ello ratifica que las previsiones del SECED no eran esas. ¡Vaya visión!

En cuanto a los cambios políticos que se produjesen no cabía para el Servicio más que "la neutralidad más estricta". Luego añadía que "la necesaria adaptación de nuestros métodos de lucha a las condiciones del momento nos obligará a frecuentes cambios de nuestra línea táctica de acción". Pero lucha ¿contra qué o contra quienes? En cuanto a su disposición a los cambios, no había duda.

Una vez más estamos ante unas falsedades evidentes, pues el Servicio apoyó fervientemente todos los cambios que se llevaron a cabo arremetiendo con toda clase de actuaciones --muchas de ellas claramente ilegales-- contra quienes en uso de su libertad, según decían recuperada, combatieron tales cambios o simplemente mostraban democráticamente su desacuerdo.

Así se iniciaron muchas actividades del CESID contra sus propios compañeros que permaneciendo en las ideas que hasta entonces las Fuerzas Armadas habían defendido, singularmente la preocupación por el mantenimiento de la unidad de la Patria frente a los separatismos disfrazados de "regionalismo" y un permanente anti-marxismo, trataron de defender aquellos dos principios elementales frente a los cambios que se comenzaron a llevar a cabo violando lo que Ortega y Gasset definió en "La rebelión de las masas" como "el derecho fundamental del hombre, tan fundamental, que es la definición misma de su substancia: el derecho a la continuidad".

Claro es que Ortega y Gasset no escribía ni actuaba bajo la inspiración de Lenin.

-----

Afirma Peñaranda que en el primer despacho que Arias como Presidente del Gobierno tuvo con el Rey, éste le pidió su dimisión, que Arias se negó a presentar alegando que las Leyes Fundamentales vigentes exigían la consulta al Consejo del Reino.

De momento el Rey cedió pero desde entonces, según el libro en cuestión, los contactos entre el SECED y los elementos políticos que aspiraban a suceder a Arias se intensificaron notablemente, apareciendo entre ellos Luis María Anson al que el autor presenta como su amigo personal.

Estoy seguro que el general Peñaranda desconocía --y sigue desconociendo-- que Anson sostiene la tesis de que "el Ejército español arrebató la soberanía al pueblo español el 18 de julio de 1936 y que fue Juan Carlos I quien se la devolvió al llegar al trono". Si el autor hubiese leído esto estoy seguro de que su evidente espíritu militar no le permitiría declararse amigo de Anson. Más adelante diré algo sobre esta relación amistosa.

El Rey logró por fin la dimisión de Arias --igual que la hubiera obtenido del Almirante Carrero, según promesa que le hizo antes de su asesinato-- lo que trajo como consecuencia para el SECED la destitución de Valverde y su sustitución por Cassinello.

Cassinello había conseguido un primer acercamiento hacia Suárez a través de su hermano "el Chino", magnífico oficial bajo cuyo mando el después presidente del Gobierno había realizado su servicio militar en Melilla. No voy a referirme a mi larga relación previa con Adolfo Suárez, pues ya lo he hecho anteriormente en estas páginas.

Hay que reconocer que para la labor que el Rey encomendó a Adolfo Suárez, Cassinello era muy adecuado al frente del SECED. Nada digamos de Peñas, Fernández-Monzón, Faura, Bastos Noreña, Peñaranda, Pascua y más adelante Calderón y otros que omito. Un verdadero plantel. Sus víctimas no son pocas.

Era el momento en que el SECED estuvo particularmente atento a las actividades rupturistas, según ellos, amenaza de mayor peso que la meramente "continuista". No tenían dudas y de ahí, por ejemplo la agresividad del libro contra el general Santiago y el almirante Pita da Veiga y sus elogios a Gutiérrez Mellado y Sáenz de Santamaría, quien declararía a la prensa que "se equivocó de bando en la guerra civil". Al parecer solo se dio cuenta de su error al llegar a Teniente General, ya en el reinado de Juan Carlos I.

Cassinello montó la reunión de Suárez con los mandos militares en septiembre de 1977. En ella, el Presidente del Gobierno los engañó miserablemente utilizando su simpatía personal y sus medias verdades. Es verdad que tales Generales y Almirantes no se distinguían por su perspicacia.

La única misión acertada que Suárez encomendó a Cassinello fue el retorno a España de Tarradellas quien, el contrario que los políticos de nuevo cuño que comenzaban a aparecer, demostró que en el exilio había meditado lo suficiente como para alejarse de sus errores y de los crimines de la época de la II República y la Guerra Civil.

-----

La legalización del Partido Comunista, como prolegómeno necesario a la implantación de la partidocracia actual, fue la prueba más atrevida a que el Rey sometió a Suárez. Hay que reconocer que el éxito acompañó al Rey y a su

Presidente del Gobierno. Tal vez influyeron en ello ciertas similitudes entre ambos personajes.

El libro detalla los orígenes de la operación que ¡cómo no! contó con el apoyo del SECED, a la vez que desató la repulsa de amplios sectores de la opinión y, muy singularmente, de la práctica totalidad de las Fuerzas Armadas que habían sido miserablemente engañadas en la figura de sus Jefes. Solo hubo la lógica excepción del general Gutiérrez Mellado.

Los informes, de muy baja calidad que el SECED aportó a la legalización, figuran en el libro y recuerdan mucho el famoso coro de doctores de “El Rey que rabió”, tras el cual no se llega a saber si el perro está rabioso o no lo está.

Realizada la operación, el SECED redactó otro informe justificándola; tal escrito estaba destinado, al parecer, a ser leído en todas las Unidades militares incluido el Alto Estado Mayor donde yo estaba destinado, a pesar de un informe negativo del nuevo Ministro de Defensa, Rodríguez Sahagún, de cuyo origen yo no tenía dudas. Nuestra tarea era transformar el Alto Estado Mayor en la recién creada Junta de Jefes de Estado Mayor.

Nos fue leído el informe citado por cada Jefe de Sección; en la mía lo era el Capitán de Navío, Martínez Cañabate. Se nos pidió que tras la lectura hiciésemos constar nuestra opinión por escrito. Así lo hicimos todos sin el menor incidente. Yo no hice ningún juicio de valor; solo mostré mi discrepancia con el escrito.

La descripción que de los hechos subsiguientes ofrece Peñaranda en la página 192 es absolutamente falsa. Por eso voy a relatar lo verdaderamente ocurrido.

Al día siguiente, que era el 13 de abril de 1977, se presentó a media mañana en la sede del AEM, en la calle Vitrubio, el Jefe del SECED, Cassinello, quien entregó al Segundo Jefe, Almirante Romero, un parte por escrito contra mí, afirmando que yo había organizado determinada reunión en el Alto Estado Mayor para pedir la formación de un Tribunal de Honor contra él, como redactor del informe leído.

Instruido de lo ocurrido por el almirante Romero, que estaba muy nervioso, le dije que diese curso al parte y que se abriese una investigación judicial en la que el denunciante tendría que probar la existencia de tal reunión y de tal petición, ninguna de las cuales había tenido lugar. De paso, le dije que el uso de la faja azul de Estado Mayor por parte de Cassinello había que sancionarlo pues constituía una falta de uniformidad ya que no estaba destinado en ningún Estado Mayor sino en la Presidencia del Gobierno. Ante ello el almirante se puso más nervioso todavía.

Horas más tarde, el Coronel De Benito, destinado en el Alto Estado Mayor y amigo mío, me vino a ver para decirme que, para no dar lugar a un procedimiento judicial, habían convencido a Cassinello que se conformase con un desmentido a sus acusaciones mediante un escrito firmado por mí. De Benito me rogaba que lo hiciese así; acepté su propuesta y le entregué la siguiente carta dirigida a Cassinello:

Madrid, 13 de abril de 1977

Sr. D. Andrés Cassinello Pérez  
Presidencia del Gobierno  
MADRID

Querido amigo y compañero:

A requerimiento del Coronel De Benito te manifiesto cuanto le he dicho a él.

No me consta en absoluto que haya tenido lugar en el AEM ni fuera de él ninguna reunión para enjuiciar tu conducta en ningún terreno.  
Por otra parte, es esa una cuestión que no me compete para nada.  
Te envía un abrazo tu amigo y compañero.

Firmado: Armando Marchante Gil

Por lo tanto, que Peñaranda escriba en su libro, refiriéndose a estos hechos, que "solo la retractación pública de los implicados permitió al director del SECED retirar el parte y dar por zanjado el incidente" es una grave falsedad. Pocas líneas antes ha dicho que "la noticia había trascendido a la prensa". Si el SECED y su Jefe actuaban con base en "noticias de prensa" no hay más que decir en cuanto a su eficacia.

El honor es como la virginidad, una vez perdidos son irrecuperables

***Pasar por donaire puede,  
cuando no daña el mentir,  
mas no se puede sufrir  
cuando ese límite excede.***

## **6. Hacia el 23 de febrero de 1981**

La legalización del PCE y su aceptación de la Bandera Nacional y la Monarquía marcó un punto de no retorno en el camino emprendido por el Rey para la completa erradicación del régimen de Franco.

Que esto iba a ocurrir, lo admitió el mismo Franco en las declaraciones que hizo al general Vernon Walter, enviado por el Presidente Nixon para deducir qué ocurriría en España cuando Franco desapareciese.

Para las Fuerzas Armadas lo grave fue que estos cambios radicales y rápidos ante unos acontecimientos que nadie sabía a dónde iban a conducir a España, las situaron ante un tremendo dilema.

La última Ley Fundamental, es decir la Ley Orgánica del Estado, aprobada por referéndum, pocos años antes, les atribuía la grave misión de "defender el orden institucional". El testamento de Franco les exigía obediencia al Rey y darle el mismo apoyo que le habían prestado a él.

Una vez que el Rey se había convertido en el "motor del cambio" como dijo Areilza, aparecieron en el seno de los Ejércitos graves inquietudes acerca de cuál había de ser su actitud. Si a ello se añade la tremenda presión del terrorismo etarra sobre sus cuadros, desde Soldado a Capitán General, una fuertísima desconfianza apareció dentro de sus filas. Para agravar la situación una serie de indecentes periodistas, alguno de los cuales habían servido eficazmente al régimen anterior bajo el patrocinio del SECED, comenzaron a lanzar insidias sobre las Fuerzas Armadas y alguno de sus hombres, sin reacción alguna por parte de los mandos superiores.

En estas circunstancias hubiera sido necesaria al frente de las Fuerzas Armadas una mano firme y segura, capaz de buscar una difícil compatibilidad entre ambas lealtades: a las Leyes o al Rey. No solo no la hubo sino que, por desgracia para España y para sus Fuerzas Armadas, se situó a su frente como Vicepresidente del Gobierno y Ministro de Defensa a una figura tan nefasta como lo fue el general Gutiérrez Mellado, que unía a su resentimiento contra Franco, una tremenda soberbia y un desconocimiento del sentir de la inmensa mayoría de

las Fuerzas Armadas, fruto, sin duda, de sus muchos años de alejamiento del Ejército, al que solo volvió cuando vio asegurado su ascenso a General.

Así se aprecia en su Informe General 1/78, recogido en parte por el autor, y que es un largo rosario de invectivas e insultos contra quienes pensaban de forma distinta a la del irascible General simplemente porque creían que las Fuerzas Armadas, al igual que la Magistratura debían mantener una cierta autonomía funcional y no ser dirigidas por unos partidos que ya iniciaban sus luchas por el poder.

A pesar de que nuestro autor insiste en su amistad personal con Gutiérrez Mellado no deja de reconocer sus gravísimos errores como cuando anunciaba en una Orden General dirigida al Ejército que ETA “estaba dando sus últimos coletazos” o atribuía a la “extrema derecha” las acciones terroristas del GRAPO, opinión que coincidía con las del mismo Suárez y Tierno Galván.

Describe también con exactitud la insistencia de Gutiérrez Mellado en utilizar al SECED como medio para denunciarle a él personalmente quienes eran dentro de las Fuerzas Armadas los no estaban de acuerdo con su política.

La actitud del SECED ante hechos tan graves como los secuestros de Oriol y Villaescusa, los asesinatos de los abogados laboristas del PCE en la calle de Atocha y otros no menos graves, era siempre la misma bajo la sabia dirección de Cassinello. “No caer en la trampa..., no caer en el cepo..., controlar las emociones..., dominar los nervios..., analizar con mente serena y fría la situación..., etc., etc.”.

El resultado era la inacción del Servicio ante un terrorismo separatista cada vez más osado, a lo que se venía a añadir un cambio tal de la misión para la que había sido creado que tenía que suscitar, al menos, la desorientación de quienes servían en sus filas unos principios que cada día aparecían como más alejados de la realidad. Algunos de ellos abandonaron el Servicio.

Lo que le ocurría al SECED era que se había quedado sin objeto y se estaba buscando uno virtual y ficticio: la defensa de lo que más tarde se llamó “transición” y que no era otra cosa que la instauración de un sistema político situado en las antípodas de aquel a cuyo servicio se habían comprometido. El remedio presentado por la nueva dirección del Servicio era arremeter contra el nuevo peligro que denominaban “involución” causado, según ellos, por un puñado de “nostálgicos”, llamando así a la simple reacción y lógica protesta de quienes no deseaban ser asesinados ni tampoco dejar a España a la disposición de unos políticos de nuevo cuño de los que, con toda razón desconfiaban.

Esa posición del SECED de “anti-involución” se refleja en el libro en el trato que da a determinados mandos militares, el General Santiago a la cabeza, que simplemente veían con grave preocupación el aumento del terrorismo, las exigencias nacionalistas, singularmente en el País Vasco y Cataluña, y el desasosiego justificadísimo que reinaban en el seno de las Fuerzas Armadas reflejado en los “estados de opinión” que los mandos militares elevaban periódicamente a sus superiores. La solución de Gutiérrez Mellado fue suprimirlos, al igual que despreciaba todo aquello que no coincidiese con sus ideas. También de ahí el nacimiento del Departamento “anti-involucionista”, dirigido por Bastos Noreña, dedicado a perseguir a determinados compañeros, a pesar de que el Servicio tenía vedada toda actuación en el seno de las Fuerzas Armadas.

Era un cambio de frente sin disimulo para servir a los nuevos mandatos que nacían del Monarca; donde la “reforma” no era tal sino una sistemática y absoluta supresión de toda la estructura legal de lo que había sido el régimen anterior en lugar de una sensata y medida evolución, con unos límites muy claros. Fue un golpe de Estado encubierto.



Nada nuevo en la historia de España pues en las páginas de Galdós ya encontramos, cuando describe, durante el reinado de Fernando VII, un ejemplo de "cambio de chaqueta" como el del cortesano Juan de Pipaón que pasó de "servil" a "liberal" en cuanto vio que sus intereses estaban en el otro bando. Al menos, Fernando VII no cambió nunca su decisión de mantenerse "absolutamente absoluto" hasta su muerte en 1833.

Se había celebrado el referéndum que aprobó la Ley 1/1977 del 4 de enero para la Reforma Política que se presentó como la última de las Leyes Fundamentales de Franco y que fue aprobada sin participación de la izquierda. Se trataba de una trampa de leguleyos, "trampa saducea" que dijo su autor, pues dicha Ley le sentaba a las anteriores Fundamentales como a un Cristo dos pistolas, ya que estaba en total discordancia con las anteriores. Era como si en la Constitución norteamericana se introdujese una enmienda que implantase en los Estados Unidos la economía planificada y centralizada.

La única justificación de aquella Ley era que a su sombra se olvidasen ciertos juramentos. "De la ley a la ley", se decía con falsedad evidente. La falsead subió de tono cuando en 1978 unas Cortes elegidas como ordinarias se atribuyeron una potestad constituyente que nadie les había otorgado.

Se creó una Comisión para redactar una nueva Constitución cuyo texto nació entre cabildeos, cenas prolongadas, discusiones estériles y el "consenso", palabra mágica que todo lo resolvía. Coincidió todo ello con la inhibición del pueblo español preocupado por la crisis económica, el terrorismo y el separatismo. En este clima se otorgaron unas llamadas "preautonomías", que daban ya por sentado lo que iba a ser la Constitución, como herramienta para romper la igualdad de derechos de los españoles, base esencial de toda Nación moderna.

La Constitución fue sometida a referéndum en diciembre de 1978. Cervantes nos dice que no hay libro tan malo que no contenga algo bueno y el libro que comento no es una excepción, pues son muy interesantes los testimonios que aduce de los más conspicuos políticos del momento entre ellos Rafael Arias Salgado, Secretario General de UCD, Herrero y Rodríguez de Miñón, Rodríguez Miranda, Antonio Fontán y Arturo Moya, quienes creían que la Constitución no había obtenido la mayoría necesaria para su aprobación. El que más concretaba la acusación era el último citado para quien solo había sido votada afirmativamente por el 48,2 del censo; el libro aduce también las impresiones en el mismo sentido de algunos directores de periódicos. En el País Vasco la abstención supuso el 53 por 100 del electorado.

En todo caso, la Junta Electoral Central el 22 de diciembre de 1978 ratificó los datos oficiales y, en consecuencia, la Constitución quedó aprobada.

Con las dudas acerca de los resultados que figuran en este libro, hay base más que suficiente para rechazar los ditirambos dirigidos a una Constitución cuya aprobación --si es que existió-- no fue precisamente abrumadora, a pesar de la tremenda propaganda utilizada en su favor y de la falta de control de los resultados del referéndum.

Nuevas elecciones legislativas supusieron la continuación de las tensiones causadas por la inestabilidad de la UCD y un progresivo debilitamiento de los frágiles equilibrios en que se habían fundamentado las anteriores etapas.

A medida que el Presidente Suárez perdía crédito y prestigio ante sus mismos correligionarios y que el general Gutiérrez Mellado profundizaba en sus errores, incapaz de comprender la situación de las Fuerzas Armadas y del entorno político en que se movía y que, en definitiva, la situación política se deterioraba muy rápidamente a la vista de la incapacidad de Suárez para resolver los

problemas que él mismo había creado. Su intento de recuperación fueron los Pactos de la Moncloa que funcionaron pasablemente.

Entretanto, lo que el autor llama el Sector Político del Servicio intensificaba sus cabildeos con los políticos, especialmente con los de izquierdas, sin excluir a los pertenecientes a ETA. Todas estas circunstancias produjeron serios roces con Martín Villa, Ministro del Interior, dado el empeño de aquellos Oficiales en influir en las decisiones políticas y mediatizarlas en lo que a ellos convenía. De tal modo se estaban convirtiendo en un medio de presión más sobre los gobernantes, Rey incluido.

La inquietud en el Ejército, cuyos miembros seguían siendo asesinados, iba en aumento por las concesiones a los distintos separatismos que hacían Suárez y su gobierno. Se habló en la prensa de una reunión en Játiva de algunos altos mandos militares por lo cual el SECED montó a posteriori lo que pomposamente llamaron Operación Naranja. Resultó que se habían reunido en Jávea, no en Játiva, algunos generales que allí veraneaban muy preocupados por la situación.

El más antiguo era el Teniente General Álvaro Lacalle, hombre moderado y prudente que, como amigo mío que era, me comentó a posteriori aquella charla informal y me pidió mi opinión. Se la di en el sentido de que eran los políticos y Gutiérrez Mellado quienes estaban produciendo el desorden y que lo más que podía hacer el Ejército era trasladar al Rey unas inquietudes compartidas por la práctica totalidad de los mandos. Le dije literalmente "los políticos han creado el actual caos, luego son ellos y el Rey quienes deben resolverlo y no implicar para nada al Ejército".

El SECED siguiendo su manía hortofrutícola montó la Operación Limón para alarmar a Gutiérrez Mellado, quien volvió a exigir que el SECED espiese a los Oficiales, franqueando los límites de sus atribuciones. La verdad es que en aquellos meses, dado el creciente caos, nadie sabía ya cuáles eran esos límites. Ciertamente era que en el SECED se pretendía obtener una vinculación con las Fuerzas Armadas que no existía legalmente. Algunos de sus componentes querían cubrir sus actividades políticas con un burladero que no tenían.

-----

En el otoño de 1977 se había creado el CESID con dependencia directa del Ministerio de Defensa cuyo titular era Gutiérrez Mellado; por tanto el SECED fue disuelto el 28 de octubre de 1977. Cassinello cesaba en su mando por decreto de 10 de noviembre del mismo año. Su próximo destino iba a ser el Estado Mayor de la Guardia Civil donde le cogió absolutamente desprevenido el intento de golpe del 23 de febrero de 1981. ¡Mala suerte!

El mando del nuevo Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) fue encomendado al general José María Bourgón López-Dóriga quien reunía excelentes cualidades para tal desempeño. Tuvo la mala fortuna de topar con Gutiérrez Mellado cuyo carácter era ya del todo insoportable y con la rápida pérdida de autoridad de Suárez, agravado por la ridícula conspiración de la llamada Operación Galaxia y los graves incidentes del entierro del asesinado General Ortín en enero de 1979, desencadenados por la obsesión de Gutiérrez Mellado de enterrar a las víctimas poco menos que a escondidas.

En vista de ello, los componentes del autodenominado "Sector Político", ahora del CESID, iniciaron, siguiendo sus mañas de siempre, una serie de actividades preparatorias de un golpe de Estado que, candorosamente describe nuestro autor.

Inició la serie de conjuras el Comandante Fernández-Monzón, quien había sido portavoz del Ministerio de Información con Pio Cabanillas como Ministro, como premio, tal vez a sus anteriores contactos con Cabanillas. Fernández-Monzón preparó en el Alto Estado Mayor lo que llamó SAM (Supuesto Anticonstitucional Máximo) para determinar cual debiera ser la reacción del Ejército ante una declaración de independencia de una parte del territorio nacional.

Otras conspiraciones más serias iban a tener lugar tras las elecciones generales de 1979 que marcaron el declinar de Suárez y de Gutiérrez Mellado, quien fue sustituido como Ministro de Defensa por el inepto Rodríguez Sahagún, que tenía una verdadera obsesión con el "involucionismo" en las Fuerzas Armadas. Esta obsesión fue cultivada por determinados componentes del nuevo CESID al que se habían incorporado nuevos conversos a la democracia como el Teniente Coronel Calderón, viejo concurrente con entusiasmo a los Cursos acerca de la lucha contra la "subversión" que realizaban las Segundas Secciones de Información Bis en la primera mitad de los años setenta, dirigidas entonces por el Coronel Sáez de Tejada.

En este clima de conspiración contra Suárez y su Gobierno entró con gran ímpetu Luis María Anson, Director de la Agencia EFE, lo que le daba una gran facilidad de movimientos, quien enseguida contó con el "Sector Político" La conspiración denominada por su autor Plan "A". Tenía como fundamento la idea de Anson de facilitar lo que suponía era ya un deseo del Rey: prescindir del más que desprestigiado e insoportable para él Adolfo Suárez. En estos planes tenían un papel fundamental los componentes del "Sector Político" de CESID. Lo mismo ocurrió con un segundo Plan denominado "Golpe de timón", de la misma procedencia, origen y participantes.

De algún modo, la cuestión llegó a conocimiento de Adolfo Suárez, Presidente del Gobierno, quien ordenó la destitución fulminante del Director de la Agencia EFE, del autor del libro y de sus secuaces del "Sector Político".

El Presidente del Gobierno tenía en esta circunstancia toda la razón y aplicaba a los verdaderos y reales conspiradores la misma medicina que ellos habían aplicado a muchos de sus compañeros, que no eran precisamente conspiradores como ellos lo estaban siendo contra Suárez.

Estos hechos y la inquina de Gutiérrez Mellado contra el general Bourgón, quien por motivos éticos elementales se negaba a denunciar falsamente a sus compañeros y subordinados, supusieron su destitución en junio de 1979, sustituido por el general Mariñas quien poco después ascendería dejando al CESID bajo el mando interino del Teniente Coronel Narciso Carreras, de Infantería de Marina, siendo Secretario General el Teniente Coronel Calderón. Eran ya las vísperas del 23 de febrero de 1981. Curiosas casualidades.

***Aquel entre los héroes es contado  
que el premio mereció, no quien lo alcanza  
por ciertas consecuencias de su estado.***

## **7. Conclusiones**

Hay que hacer un gran esfuerzo para proseguir en determinados momentos la lectura de un libro donde, en definitiva, se narran las andanzas de un pequeño grupo de Oficiales que, convocados para combatir la "subversión" pasaron rápidamente a dedicar sus esfuerzos a hacer imposible una inteligente, pacífica y

paulatina adecuación a las nuevas circunstancias. Cuando bajo las balas físicas y, lo que es más grave, bajo la calumnia y la difamación, se sometía a la parte más clarividente, leal a España y a sus juramentos de las Fuerzas Armadas a la sospecha y la desconfianza, llegando al final del proceso de la llamada “transición” a la denuncia falsa y a la condena a fuertes penas de prisión o a destrozar la carrera de muchos compañeros mientras ellos cuidaban la suya a veces en plena ilegalidad.

A ello se añade la petulancia de presentar a ese pequeño grupo como un componente distinguido de quienes llevaron a cabo la llamada “transición”, que no fue pacífica, como se dice, sino cubierta por la sangre de más de un millar de víctimas de las cuales la parte más importante eran compañeros de las Fuerzas Armadas, Guardia Civil y Policía para los que en el libro no hay ni el más sencillo párrafo de gratitud sino mucho vilipendio y desprecio.

No, la “transición” la hicieron unos segundones de la política, a ella advenedizos; en ellos no se encuentra ni un adarme de amor a España ni la menor preocupación por el futuro de la Patria y por sus gentes.

Cuando hoy tenemos a la vista los resultados: una España rota por los separatismos, insolidaria entre sus regiones, con su idioma español arrojado fuera de la vida oficial y perseguido en amplias zonas de España, perdidas o menospreciadas sus virtudes tradicionales, corrupta en gran parte y con su economía arruinada, presumir, como lo hace el autor del libro, de haber contribuido a este resultado resulta petulante, inexplicable y desolador.

El girasol se mueve y gira buscando siempre el sol que más calienta, pero es una planta y no un ser dotado de conciencia por su Creador.

### ***¡Ciego!, ¿es la Tierra el centro de las almas?***

## **8. Estrambote**

Entre las muchas mutilaciones que ha sufrido el Ejército español a lo largo de los últimos treinta años en su patrimonio material y, lo que es mucho más grave, en el cuidado de sus tradiciones, de su historia y de unos tesoros culturales que no son únicamente suyos sino de la Nación española, figura en un lugar preeminente el expolio a que ha sido sometido el Museo del Ejército de Madrid que era, según ilustres autoridades militares extranjeras, uno de los mejores del mundo por sus colecciones de artillería, hoploteca, armas de todo tipo y recuerdos diversos y valiosos de la historia del Ejército español donde se mezclan la gloria con momentos muy tristes para España.

El infausto Ministro de Defensa que fue Eduardo Serra, para justificar el expolio, tuvo la ocurrencia de calificarlo como “museo guerracivilista”, lo que demuestra su desconocimiento de la Historia de España, del Museo y de las más elementales nociones de lo que es la Historia.

Todo aquel tesoro ha desaparecido de la capital de la Nación, ha sido desperdigado, puesto en manos que ofrecen poca confianza, dadas sus ideas sobre España y sus Ejército, o expuesto en una pequeñísima parte en el desfigurado Alcázar de Toledo, en un triste Museo dominado por, no digo las ideas, sino las aberraciones de la mal llamada “memoria histórica”.

Toda alusión a los héroes de nuestra historia, a su ejemplo a su sacrificio y a la lección de amor a España y a sus Ejércitos que nos lega.

El disparate nació de una arbitraria, ilegal e insensata decisión del Sr. Aznar, apenas llegado al poder, acerca de la cual la Justicia aún no se ha pronunciado.

Sin embargo, este desguace y supresión del Museo del Ejército de Madrid solo fue posible por la entusiasta dedicación de un destacado componente del grupo de quienes, según ellos, hicieron posible y contribuyeron decididamente a llevar adelante la "transición".

Su nombre no pasará a la Historia. Así debe ser pues la respuesta a la pregunta del poeta aragonés, es que, ciertamente, "la Tierra no es el centro de las almas".

*\* Armando Marchante Gil es General de Brigada de Artillería DEM (r), Licenciado en Derecho, ensayista y habitual colaborador de los medios informativos.*

Fuente: *Razón Española*